

# Tus poderes, culpa y perdón

Pensamientos para despertar pensamientos.

Por [E. Armstrong](#)

Todo ser humano lleva consigo las maravillas de la vida y la capacidad de percibir las, sentir las y expresar las, esto es, de interpretar las. Somos, a imagen y semejanza de lo más grande de la Existencia: constructores y creadores potenciales. Por lo mismo, en ocasiones, estas son las posibles causas de que nos desilusionemos o frustremos con facilidad, especialmente ante la visión consciente de sentir una distancia objetiva entre lo que somos, lo que hemos sido, y lo que nuestro interior nos hace notar que podemos ser. Las causas son múltiples, pero entre ellas se destaca el uso adverso de nuestra libertad por medio de los poderes que poseemos, llegando en ocasiones a crear entornos y condiciones que pueden convertirnos en seres extremadamente destructivos.

Cuando eso ocurre, una enfermedad exige su cura, necesitamos regresar a nuestro interior para darnos el tiempo de observar y escucharnos, para reencontrar los hilos que nos atan a lo que realmente somos, los que nos atan a los demás, ya que juntos es como nos llegaremos a sentir como uno, o la parte integral de un ser vivo mayor y universal.

Formar parte de la más maravillosa orquesta y disfrutar de los sonidos que se unen en la música que conmueve y conforta, es lo máximo que puede pedir un músico. Pero, en la orquesta de la vida destacan quienes no se hacen notar por apoyar a los demás, el poder o capacidad individual no tiene cabida donde nadie busca sobresalir demostrando sus poderes, ya que todos buscan sencillamente encontrar su lugar, adonde pertenecen y pueden sentirse apreciados, en paz y felicidad. La sinfonía de la vida espera por sus músicos, los requiere a todos y sin excepciones, porque son todos necesarios para lograr la música que se espera de ella. Se dice que es cuestión de tiempo, pero en este lapso temporal encontramos demasiado

sufrimiento que es innecesario, causado por quienes creen que sus vidas son para tocar una música propia, intentando disfrutar de sus poderes con indiferencia hacia los otros músicos, con lo cual causan pérdidas, daños y dolor a quienes se sienten excluidos de una música que le pertenece a todos, porque esta orquesta nos pertenece a todos. Cuando colaborar y participar de lo que ocurre a nuestro lado es lo que llamamos vivir, prescindir de ello es dejar de vivir, sin embargo, lamentablemente no es tan simple, ya que cuando actuamos egoístamente podemos arrastrar a otros a vivir padeciendo las carencias que son la sobre abundancia de otros. La libertad de elegir termina donde comenzamos a ejercer un poder que reduce las opciones de otros, necesitamos evitar crear realidades disonantes, en las cuales se aprecie la ausencia de música causada por nuestro rechazo al don del poder de compartir. La gran pregunta es, ¿cuándo me convierto en lo que no soy? ¿Cuándo dejo de ver y escuchar a quienes permanecen a mi alcance? El que nos rodeen personas que no pueden tocar su música por estar diariamente ocupados en sobrevivir, no significa que ellas no sean unos excelentes músicos, por lo tanto, si realmente nos interesa sentir su compañía, la que todos necesitamos, simplemente, abramos los ojos.

Hablaremos de ello en las líneas siguientes porque todos somos necesarios, y, para reparar una tan extendida adversidad, la solución parece ser la de comenzar por mi persona: intentando ser, observando cuando actúo abusando de mis poderes al aprovecharme, por descuido o por no atender una carencia que podría ser cubierta entre quienes tengo realmente cerca. Conocernos es una prioridad, ya que es por intermedio del prójimo que podremos encontrarnos y llegar a saber quien somos realmente, para dejar de vivir aparentando lo que no somos.

Quisiera destacar que los temas se presentan como en todos mis textos, por párrafos que intentan facilitar la libre lectura, esto permite saltarse lo que el lector considere que no le interesa, y continuar en la siguiente idea. Pero antes de comenzar, revisemos algunas definiciones para no dejar dudas acerca del contexto en el cual utilizaremos estas palabras: el **poder** es la potencia de la facultad humana para hacer, como las expresiones de una voluntad abierta a manifestar su libre albedrío; la **culpa** es el sentimiento oscuro de deuda pendiente, la que se arrastra ante una falta cometida; el **perdón** es el acto de abrirse para liberarse de una carga, por deuda o culpa. Así, perdonar es regalar o donar y, en acuerdo a si es comprometido, incondicional y desinteresado, se le puede vincular al Amor, como una de sus grandes expresiones o consecuencias.

La relación entre poder y perdón puede parecernos ciertamente lejana, pero coexisten en esta vida como otros tantos elementos que nos cuesta distinguir y, cuyas clasificaciones, o sea, las que le otorga nuestra mente, pueden obedecer a diversas influencias, incluyendo a los prejuicios por información recibida en la infancia, la cultura absorbida, o por nuestras creencias, las que no necesariamente obedecerán a la realidad objetiva. Nuestros pensamientos operan en base a conceptos, los que pueden mantener diversos significados sobre hechos, personas y contextos, los que dependen además de la historia individual, también en su relación con el Amor. O sea, la certeza de nuestros pensamientos es un asunto complejo, y a tener en cuenta cuando sentimos la presión de nuestras emociones y sentimientos por validarlos de inmediato.

En otro aspecto, también relacionado a como interpretamos los pensamientos, sabemos que aún frente a lo que creemos conocido, si no lo reparamos adecuada o suficientemente, es posible convertir lo que se creyó una poderosa solución, en un riesgo, y a veces, para la propia vida. Esto no es un insulto, se da en los mas diversos ámbitos, especialmente en los importantes para la vida y, como ejemplo, veámoslo en la educación: como sociedad recién estamos saliendo de un sistema educacional centrado en el poder del conocimiento, comprendido este como la capacidad de memorizar y de relacionar información, donde poco o nada interesaba lo que pensaba el alumno; el futuro no se trata de que los alumnos dirijan su enseñanza, o que experimentar pueda sustituir al conocimiento y a la prudencia, pero si es posible que enseñar no se reducirá a entregar conocimientos, ni a valorarlos en la medida de como sean memorizados. El futuro nos exige que para relacionar el poder del conocimiento y el desarrollo del poder de las habilidades, estos aspectos sean debidamente pensados y comprendidos, considerando incorporar en la enseñanza a la diversidad del poder creativo individual, para permitir que las habilidades y capacidades se expresen a plenitud, en beneficio de la sociedad y no exclusivamente personal. A futuro, la enseñanza académica debiera estar mas orientada hacia la habilidad creativa y reactiva, considerando la disponibilidad de las nuevas tecnologías como la diversidad de aplicaciones posibles, con una prioritaria función social. Las academias de estudios escolares o superiores no deberán ser fuentes de autocomplacencia, ni excluyentes, el material de apoyo educativo debiera estar liberado y ser accesible a toda la comunidad, ya que no podemos seguir segregando a las familias de los beneficios del conocimiento que tanto se necesita para mejorar la calidad de su convivencia, especialmente entre los mas vulnerables. Profesores, alumnos, y familiares, necesitan todos de un acceso sin restricción a todas las

bibliotecas y fuentes de materiales que sean un aporte para la educación. El mayor poder público lo representa la buena calidad de la convivencia de sus miembros, y esta, depende en alguna medida del acceso a mejores materiales educativos bajo condiciones que nos integren, no como hasta ahora, que han sido otra causa para desigualdades.

¿Dudas? Lo anterior se podrá apreciar simplemente en las proyecciones y extensiones de los resultados obtenidos. Por ejemplo en las escuelas, advirtiendo la calidad de la convivencia y no solamente evaluando los resultados académicos; en las universidades, evaluando los servicios profesionales por la cantidad y calidad de las investigaciones que realmente sean novedosas y útiles, como en la vocación desinteresada por el servicio público de quienes se forman en sus aulas, o en sus servicios públicos gratuitos de extensión. Ya que, cuando una persona, profesional o académico se sirve a si mismo, estamos frente a formas de poder que representan un conocimiento que es indiferente ante lo que acontece en sus sociedades, lo cual los lleva a evitar involucrarse en participar públicamente de los asuntos contingentes, temiendo arriesgar una supuestamente ganada reputación o recursos. Toda organización formal requiere de programas de evaluación y control de avances periódicos, para garantizar que todos sus miembros o participantes actúen en dirección a los objetivos que los unen, ya que la ausencia de fiscalizaciones conduce al desorden, cuando no, al aprovechamiento individual en aras de lo colectivo.

La educación es uno de los mayores poderes que cualquier persona puede disfrutar a lo largo de su vida, nos permite encontrar medios de realización y bienestar, de autonomía y fuentes laborales acordes con la vocación o las preferencias individuales, entregando una fuente de paz mayor para la vida que llevamos. Es un poder positivo, especialmente cuando forma parte de una vida con sentidos que se extiendan mas allá de nuestras legítimas ambiciones y de los beneficios personales que podemos lograr, pero sus efectos siempre alcanzarán e influirán la calidad de nuestra vida familiar presente y futura.

Por otro lado, educar se refiere al poder que entrega una educación en las aulas, academias y comunidades, siendo una vocación de servicio que no significa simplemente instruir, como tampoco se refiere al resultado de fiscalizar los conocimientos adquiridos por medio de test o pruebas de simple memoria, ni a validar habilidades que, en ocasiones, son naturales en pocos alumnos, pero si las tratan como si fueran proporcionadas por el aprendizaje entregado, es un masazo y fuente de gran frustración para quien

podría disponer de otras habilidades no consideradas por una evaluación mal construida. ¿Cuántas mentes brillantes perdimos en el pasado a causa de haberlas calificado en base a lo que nunca fueron sus mayores habilidades?

Educar es guiar, estimulando un aprendizaje que permita el desarrollo personal, es acompañar el proceso, ayudando para que sean reconocidas las mayores habilidades y dificultades, es orientar hasta que cada alumno pueda llegar a establecer sus mejores condiciones y aptitudes individuales para la convivencia.

Educar siempre será más que entregar un poder positivo, es ayudar a crearlo y potenciarlo en otra persona, es incentivar el interés para que los alumnos puedan descubrirse y apreciarse en lo que son. Otros poderes positivos son la capacidad de Amar, la de expresar afectos, la de comunicarnos, hablar adecuadamente, apreciar lo que se tiene, o la habilidad de mantener personas de confianza a nuestro alcance, tener una familia a pesar de los defectos o carencias que pudiéramos notar, el de la inteligencia que tenemos, las habilidades y capacidades del cuerpo y la mente que poseemos, también el de la voluntad, la amabilidad, hasta un simple gesto de preocupación, una palabra que conforta, una mirada que demuestre comprensión, comprender el valor de una expresión de sentimiento común, una sencilla demostración de respeto, entregar un apoyo inesperado, la valentía de mostrarnos como somos, el poder decir no a lo que puede causarnos daño, controlar nuestros impulsos, disponer de la capacidad de aprender y pensar, disciplinarnos para perseverar en nuestros objetivos, utilizar con prudencia el cuerpo como ayuda para desarrollarnos, expresar nuestros sentimientos y afectos... En general, los poderes positivos nos hacen apreciar lo que tenemos a nuestra disposición, y son los que podemos utilizar para construir sin necesidad de destruir lo que es ajeno.

Otro de los grandes poderes que poseemos y que todos podemos reconocer, es nuestra la facultad de crear, de expresarla libremente a nuestro antojo, sin perjuicio del sentido que le otorguemos a ella. Este sentido depende de cada voluntad individual, por lo cual el destino o finalidad creativa puede ser radicalmente diferente, y es un tema a considerar en nuestras apreciaciones de lo que se considera creaciones; como ocurre con el arte o los avances técnicos y científicos, entre otras áreas de la actividad humana. La creatividad es una de las expresiones posibles del encuentro con la propia identidad, por lo tanto, es un buen ejemplo de lo que ocurre en

nuestras vidas, como acto expresivo eminentemente social y cuyos pasos podemos apreciarlos en el proceso propuesto en las líneas siguientes.

El proceso del pensamiento creativo:

- Disponernos, lo que implica vaciarnos de ideas preconcebidas para abrir nuestra mente a lo nuevo y desconocido.
- Actitud de espera activa, que es un estado temporal de alerta para atender lo que los pensamientos propongan, cuando los recibamos.
- Trabajo de pensamiento selectivo, para determinar las mejores propuestas disponibles, según los objetivos propuestos y nuestra apreciación.
- Fusión creativa, es la fase en que mediante el análisis de los pensamientos iniciamos la fase de construcción mental de la estructura base que estimamos debiera tener lo que buscamos crear.
- Flexibilidad creativa, se refiere a la última etapa en la cual nos disponemos con apertura frente a las diversas posibilidades de cambios y transformaciones que nos van apareciendo como propuestas en el pensamiento para mejorar la obra emprendida.

La creatividad ha sido vista tradicionalmente como un acto propiamente individualista, que invita al supuesto aislamiento creativo. Lo que ocurre es que aislarnos puede facilitar la facultad de escuchar los pensamientos, pero esta realidad ocurre muchas veces en medios o trabajos que deben y pueden ser realizados en equipo, uniendo esfuerzos con otros, especialmente donde se exigen resultados multidisciplinarios. Pero en lo individual, la vida de taller ofrece un aislamiento siempre momentáneo, ya que vivimos insertos en una actividad sociable. O sea, la creatividad puede ocurrir en aislamiento espacial, pero es imposible que ocurra en aislamiento social, ya que por definición es el resultado novedoso de las expresiones de esfuerzos múltiples, orientados a cumplir o satisfacer un mismo objetivo. Si quieres profundizar este tema, lee en Apuntes, [Que es la creatividad](#).

Pero somos seres sociables y no solamente hacia nuestro entorno exterior, al convivir, también lo somos con el tratamiento interno que damos a cada nueva propuesta de los pensamientos, estableciendo un auténtico diálogo interior. Dialogar implica la presencia de al menos dos personas, dos voluntades, por lo tanto, el diálogo creativo no se limita a un monólogo, como ocurre en los procesos racionales animales, ya que en nuestro pensamiento acontece entre personas, lo que se logra únicamente ante la percepción conciente de su presencia, lo que ocurre por medio del alma. Ejemplos son

la oración en que se la define como conversar con Dios, o la meditación que implica buscar la calma necesaria para escuchar las voces que se expresan desde nuestro interior, y es que al parecer, toda actividad humana que implica pensar conscientemente supone discernir entre lo que nos plantea la razón y la conciencia del alma. Una tesis plantea que el yo lo encontramos en el proceso racional que es propio de los seres animales, y que la conciencia del alma es la que nos diferencia, al abrirnos al universo de una existencia en la que todos participamos, lo cual percibimos en la mente como sugerentes propuestas que nos invitan a descubrirlas y evaluarlas, para complementar mejor lo que ocupa a la inteligencia en cada instante. Definido el instante como la pulsión temporal de claridad mental que nos permite enfocar el proceso intelectual en un pensamiento particular, atender al origen de lo que hemos llamado aquí sugerentes propuestas recibidas por el pensamiento, podría no ser un asunto menor.

La creatividad es otro de los mayores y mas bellos poderes que dispone el ser humano, sin embargo, aunque podría parecernos un proceso individual, desde el punto de vista estructural se ve diferente y mas se parece a un proceso eminentemente social, el que ocurre gracias a la interdimensionalidad que nos permite acceder o relacionarnos desde el alma con otros seres. Un tema abordado como teoría de la inteligencia, en [Los pilares de la felicidad](#).

En general es posible apreciar que cada una de las múltiples facultades humanas, es un poder ilimitado a nuestra disposición; es que su límite y desarrollo lo establece cada persona, en acuerdo a lo determinado por su libre voluntad. Si esta tesis es correcta, la vida depende mas que nada de lo que hoy ya está en nuestras manos y no de lo que no esté a nuestro alcance; del presente y no de nuestro pasado ni del futuro que aún no existe; de nuestra voluntad y determinación, mas que de las ajenas o lo que nos oprime; de la disposición a superarnos cada vez mas ante lo que son nuestras limitaciones. Llegamos a un punto interesante, en el cual convergen los aspectos mas relevantes para su condición: la vida misma es un poder, observable como el reflejo visible de sus poderosas expresiones. Y si esto ocurre simultáneamente en diversas dimensiones paralelas, significa que todos nos podemos afectar mutuamente y que todos estamos relacionados. Un tema para pensar.

Por otro lado, al poder lo podemos comprender como la habilidad y capacidad de aprovechar las oportunidades que se nos presentan, pero esto también tiene sus riesgos, ya que la distancia puede ser corta con la de

aprovecharnos de los demás, o de actuar como eminentemente individualistas, ya que son variadas las formas en que el exceso de aprecio por el poder pareciera terminar corrompiéndonos, tarde o temprano. Por otro lado, cuando esto ocurre, al perdón se lo puede llegar a ver como una utopía cuya utilidad no pasará de ofrecernos una propuesta pasajera y parcial de alivio ante la culpa que carguemos, de haberla. Es que con el poder observamos algo similar a lo que ocurre con el Amor, una misma palabra puede mantener significados muy diferentes para diversas personas o circunstancias, o las usamos como un comodín al cual podemos adecuar según lo que estimamos conveniente para cada interés particular. En acuerdo a lo anterior, es posible vislumbrar que, profundizando en la relación que mantienen o que le damos a las palabras poder y Amor, eventualmente, podríamos reconocer mejor a ciertos momentos cuando podríamos estar siendo influenciados por los pensamientos, y es lo que veremos en las líneas siguientes.

¿Quién soy? ¿Quiénes somos? ¿Somos fuentes de poderes? Porque, si queremos saber quiénes somos, primero necesitamos tratar de comprender el entorno en el cual nos encontramos. Y, por lo mismo, en las líneas siguientes no importará si estamos o no de acuerdo, sea en algo o en todo, porque lo central es diferente: intentemos estimular nuestro esfuerzo por sacar conclusiones propias y donde podamos apreciar en que se sustentan.

Como introducción y sin pretender definir el Amor, lo que se encuentra desarrollado en ensayos previos y publicaciones disponibles, consideremos aquí que nuestra tendencia hacia el Amor es una determinación, la que nace cuando adquirimos conciencia de algo. Luego, para adquirir conciencia en este proceso necesitamos discernir, esto es pensar en lo que nos interesa pero sin dejar pasar los pensamientos, buscando retenerlos, para regresar sobre ellos y repasarlos, intentando asegurarnos de que, al menos, sean estos verídicos y no ilusiones. Nadie necesita más espejos de sus propias creencias, esas que la mente busca siempre confirmarnos, como si necesitara aferrarse a cualquier cosa lo antes posible, intentando decirnos que esta vez sí que será seguro lo que estamos sintiendo, pensando u opinando. Discernir adecuadamente podría ser un asunto central para todo proceso mental responsable, especialmente cuando nos permite tomar distancia de los propios pensamientos y distinguir, separando lo más necesario para obtener la mayor claridad posible en nuestras decisiones. Es un proceso que nos plantea poner atención sobre los aspectos que condicionan la inteligencia, como pueden ser los siguientes, que nos muestran un proceso muy básico.

El proceso de discernimiento elemental:

- Darnos el tiempo suficiente* antes de responder, para estar en paz con lo decidido y dispuestos a hacernos responsables por sus consecuencias;
- Verificar lo que creemos*, ya que preguntar o dudar es necesario y no es desconfiar, además, mantiene nuestro pensamiento crítico;
- Escuchar lo que nos dice la conciencia*, lo que algunos llaman el instinto, lo cual nos ayuda a prever consecuencias probables;
- Relacionar los pensamientos y concluir*, pero sin eludir al esfuerzo que nos demanda tratar de ser lo mas abiertos y objetivos posible: sin prejuicios.
- Evaluar lo mejor que podamos* las probables consecuencias de actuar como concluimos que es mas conveniente, pero sin excluir a quienes podrían también verse afectados, esto es, en función de construir relaciones.

Las dos etapas que apoyan el inicio de cualquier proceso de discernimiento son las siguientes: se inician con la *disposición*, la cual permite luego que el acto de voluntad demuestre nuestra *determinación*. Sin embargo, aunque puede parecernos sin importancia, también podemos obedecer con frecuencia a procesos racionales que no necesariamente sean inteligentes, o que tampoco se traducirán en un proceso de discernimiento, situaciones comunes cuando estamos influenciados o motivados por una gama de sentimientos o emociones que nos presionan a obedecerlos impulsivamente. Son casos bastante habituales, especialmente entre la pre adolescencia y durante la etapa juvenil, cuando la mente y los pensamientos parecen buscar hacernos seguir fuertes impulsos internos, validándolos sin antes habernos demandado efectuar el mas mínimo análisis racional previo. A la inversa de como sería esperable: primero pensando y luego actuando. Este proceso puede originarse por varias causas, destacando las hormonales o bioquímicas que nos causan desbalances alterando la fuerza de los pensamientos, para conducirnos como a ganado hacia aceptar impulsos que imperiosamente buscaremos satisfacer. Nos afecta hasta en las frecuentes respuestas inconcientes, en las que aceptamos actuar validando pensamientos basados únicamente en los llamados prejuicios. Estos últimos son sentimientos, emociones, o percepciones instintivas, que la mente relaciona y las traduce en veloces respuestas arraigadas o juicios inmediatos, los que, bajo la apariencia de ser racionales, no consideran ni siquiera a nuestra conciencia, situación que es frecuente al aceptar nuestro oportunismo individualista o pensamientos aislados por conciencias que han sido descuidadas.

También descuidamos el poder de nuestra inteligencia cuando consentimos en que sea regida por prejuicios, lo que afecta nuestro comportamiento y la convivencia, desarrollando una tendencia mental a la bipolaridad de los pensamientos, la cual nos facilita tomar una posición en desmedro de otra, pero mediante un juicio previo arraigado en la mente. De este modo, al incitar el pensamiento polarizado reinan las posiciones extremas y no los puntos medios, nos alejamos más del análisis previo, del equilibrio y de la gradualidad siempre adecuada para una mejor convivencia, abundando en el pensamiento nuevas posturas conflictivas e injustificadamente agresivas. El diálogo se hace complejo y carente de sentido, ya que las posturas opuestas a nuestros juicios son percibidas como presuntas descalificaciones que buscan reducir o desprestigiar, haciéndonos sentir que podemos perder poder por su causa, lo que despierta respuestas agresivas o extremas.

Los prejuicios dan una connotación de fijación mental ante el sentido de los hechos y las palabras, según lo cual, como el razonamiento transcurre gracias al lenguaje del cual depende hasta la imaginación, al aceptar juicios predeterminados, habitualmente por causa de nuestra comodidad, estamos condicionando artificialmente este proceso natural y sus conclusiones, al atarlo con elementos que pueden ser ajenos a la realidad objetiva. Por ejemplo, el significado y connotación de una palabra, al estar predeterminado, con solo escucharla en otra persona reaccionaremos de inmediato en base al prejuicio, sin darnos ni tiempo de análisis ni de revisar la circunstancia, o el sentido que pudo tener para la otra persona. Pero alguien dirá, ¿y qué importa todo esto si me siento bien? Muy simple, al restringir el pensamiento y desligarnos de la responsabilidad de pensar más o mejor, reducimos la percepción de necesidad sobre la disposición a comprometernos con lo que hacemos, alterando la forma en que vemos a los demás, e induciendo cambios en nuestra mente, la que luego deberá confrontar un mayor grado de inconvenientes causados por el aumento del margen de error sobre nuestras decisiones y el comportamiento consecuente. Por ejemplo, una sociedad regida por los prejuicios es la comunidad donde todos opinan y nadie se escucha, porque no interesa realmente lo que piensa el otro; hay diálogo que no es diálogo; abundantes acuerdos que no llegan a nada; en ella casi no hay controles, ya que poco interesa lo que ocurre a otros porque es visto como responsabilidades ajenas; y las respuestas no son lo que aparentan, son justificaciones ante la ausencia de soluciones; todos demandan su derecho, sin obligaciones ni responsabilidades. Si te parece conocido lo descrito, es posible apoyar el nuevo cambio revisándonos y analizando como esta realidad antisocial de apariencia social nos afecta como persona, ya que lo que no hagamos por

nosotros/as mismos/as no producirá cambio alguno. Protestar, opinar, marchar, como cualquier forma de desahogo, aunque fuera una legítima expresión de poder y no cause daño a otros, no es lo mismo que cuando me expreso actuando por algo concreto, donde pueda ver resultados y apreciar los poderes que hay en mí, como un aporte para otros.

En resumen, cuando voluntariamente descansamos los pensamientos y juicios en nuestros prejuicios, simplificamos un proceso intelectual al costo de hacer posible la pérdida parcial de habilidades para reconocer el sentido de lo que hacemos; esto nos lleva a aceptar nuestras decisiones y juicios con menores cuestionamientos, bajo la convicción de presunción, al creer propio lo que podrá no serlo, y quizás, con cada vez mayor frecuencia podrá tampoco ser verdadero. En resumen, los prejuicios son formas efectivas de anular el poder de nuestra razón al reducir las capacidades de la inteligencia, alterando la perspectiva de como vemos lo que nos rodea. La verdad objetiva pierde importancia y deja de ser prioridad en este proceso ante la verdad personal o relativa de un individualismo crecientemente narcisista. Frases típicas del prejuicioso pueden ser similares a: me da lo mismo; no te preocupes; eso no importa; no me afecta; no me interesa; yo tengo derecho; es mi vida y no la tuya; eso pienso yo... Finalmente, el pensamiento prejuicioso hace posible llegar a defender o vivir por verdades que distan de serlo, lo cual es una enorme tragedia y muy actual, la que grafica una situación frecuente pero tan inhumana como innecesaria.

Los riesgos de un pensamiento poco dedicado a priorizar el discernimiento al invitarnos a aceptar seguir sus primeros dictados, no son menores y, finalmente, estamos siguiendo una opinión, parecer o creencia que nos parecerá válida y respetable, desconociendo que puede llevarnos a un error cuyas consecuencias sean inesperadas o lamentables. Las expectativas son sueños, esperanzas, ilusiones, pensamientos o creencias imaginarias; ellas se refieren a todo lo cual puede ser muy necesario y natural para despertar el interés por el crecimiento personal, sin embargo, hay ocasiones en las cuales podrían hacernos creer que estamos ante una realidad que nunca fue, con lo que estaríamos depositando nuestras confianzas y recursos donde jamás debimos ponerlos. El poder de los pensamientos es enorme, posiblemente inimaginable, por lo que administrarlo es una tarea que exige determinación, disciplina interior, y una voluntad activa que nos ayude a estar más pendientes sobre la validéz de sus dictados.

Sentirnos conformes es excelente, pero el confort nunca excluye la necesidad de considerar sus causas o costos, ya que también podemos

llegar a sentirnos bien por lo que, en ocasiones, podría ser muy diferente a lo previamente percibido como real o verdadero, con lo cual las consecuencias naturales de mediano y largo plazo pueden ocurrir en términos distintos a lo esperado. Por ejemplo, el aparente confort de eludir responsabilidades nos hace fijar los pensamientos en el presente y desatender lo que el futuro nos depara. Otro ejemplo de lo anterior, ocurre a menudo con el poder, ya que disponerlo en cualquiera de sus formas nos causa placer inmediato, eleva la autoestima y nos entrega sensaciones de grata tranquilidad al percibirlo casi como un acertado reconocimiento que nos daría la vida por lo que creemos merecer. Lo sentimos como el final de un camino de esfuerzos, una meta que es premio y la cual nos ofrece el inicio de momentos que prometen ser diferentes, mas benignos o, al menos, ausentes de los padecimientos y carencias que tanto deseamos mantener alejados. Sin embargo, este proceso de empoderarnos nos puede conducir sutil y lentamente a cambiar la mirada, la cual será redirigida preferentemente hacia los nuevos pares, quienes ostentan mayores poderes, con lo cual se dará posiblemente la nueva dualidad de sentirnos mas respecto unos y menos frente a otros, los que tendrán mas. Sin reconocerlo, a mayor poder nos generamos nuevas e inesperadas necesidades, las cuales despiertan a su vez otras ambiciones y esperanzas, las cuales rápidamente nos van haciendo perder la tranquilidad ganada, para quedar posiblemente mejor que en un inicio, pero no tanto como lo creímos inicialmente. La seguridad esperada por quien busca el poder para si mismo, se va pronto alejando paulatinamente a medida que lo obtiene, mientras nuevas e insospechadas inseguridades van apareciendo en su vida; es como si con mas poderes, obtuviéramos mas por unos lados mientras perdemos en otros.

Ante la situación descrita anteriormente, decíamos que la mente nos hace reenfocar la mirada sobre quienes son ahora el objeto de nuestro nuevo interés, los mas poderosos, lo cual nos lleva a desatender o desconocer la realidad de quienes podrían, por sus necesidades, demandar nuestra ayuda y atención. Es posible llegar a sentirse como si estas personas afectaran o redujeran la capacidad de disfrutar que nos ofrece la nueva posición de poder y éxito en la vida. Es cuando para acallar conciencias nos parecerá necesario no mirar, no preguntar, no mostrar interés, no acercarnos en lo posible a quienes podríamos tener el deber de ayudar de alguna forma. Subestimar la importancia de los demás es un error frecuente que nos afecta a todos a medida que escalamos el ascenso al poder. El poder y la ostentación descubren al ser humano y lo muestran en su nueva faceta, la cual ahora oculta su realidad detrás de la belleza que ahora rodea la vida nueva, creada por la soberbia del poder, pero la cual es tan artificial que

engendra en nosotros el temor a ser descubiertos, llevándonos a marginarnos de quienes pudieran afectar la quizás merecida alegre fiesta de vivir. Somos así, todos somos así, esto no se trata de ustedes y nosotros, de ellos/ellas o de mi, se trata que debo vivir alerta para detectar a tiempo cuando mi comportamiento o los objetivos de mi vida pueden cambiarme o cuando yo puedo transformarme. No es tan simple darse cuenta oportunamente, sin antes causar grandes daños a otros, aunque somos seres bastante predecibles, que nos resistimos al cambio diciendo lo opuesto. Por ejemplo, en el pasado, a los leprosos se les marginaba y reducía a ghettos, espacios separados donde debían esperar su muerte padeciendo carencias y dolores sin ser vistos ni ser causa de molestia para quienes estaban libres y sanos, especialmente, tenían prohibido acercarse a los poderosos. Actualmente, ¿podría ocurrir algo similar? Pero hoy son los poderosos quienes buscan marginarse, para vivir en reductos privados y exclusivos, alejados de una mirada indiscreta, y donde no tienen que observar la dura realidad de quienes se mantienen ajenos a las bondades materiales que puede ofrecer esta vida. Pero el poder como el Amor, no se refieren a un aspecto puntual de nuestra vida, si no que están siempre presentes en todo lo que hacemos porque, al parecer, es donde rehusamos poner nuestro Amor cuando notamos el inmediato deseo de obtener y expresar mayor poder; y a la inversa, si damos o compartimos con quien nos necesita, estamos aceptando una transferencia de nuestro poder.

El poder humano nos llama a buscar mas poder y beneficio inmediato, mientras que el Amor siempre costará un esfuerzo mayor, porque significa reducir o tener que desprenderse de un poder para buscar un beneficio inmediato, pero el que esta vez es ajeno. Ambas fuerzas son muy diferentes y, en ocasiones, pueden estar enfrentadas ya que no parecen compatibles aún cuando, en los últimos siglos, han ocurrido esfuerzos intelectuales por demostrar que si lo pueden ser. Pero nuestro tema aquí no es la historia, si no la persona y lo que ocurre dentro de ella, es, en este sentido, que necesitamos advertir los cambios que representen tanto a la carencia de poderes, como a su disponibilidad activa, los que pueden ser probables causas de transformaciones para nuestra personalidad y sin que nos demos cuenta. Al hablar de poder, me refiero al poder activo o ejecutado, al menos en este ensayo, ya que disponer de poderes humanos sin ejecutarlos o haciéndolo de formas equilibradas ante la conciencia, o sin atropellar a nadie, no tiene porqué ser causa de daño. El poder en si mismo no es sujeto de valor, es el sentido o el uso que le demos lo que puede hacerlo, desde un gran apoyo hasta un riesgo potencial.

Al poder humano es posible verlo contradictorio frente a sus resultados, cuando nuestras acciones no consideran al Amor, como ocurre cuando actuamos creyendo que lograremos ser autónomos o independientes de los demás, y centramos nuestra vida en egocentrismos excluyentes. Somos seres dependientes, integrarnos y relacionarnos constructivamente no es opcional, si no que necesario. ¿Sin los otros no somos nada? Difícil de creer, pero real. Otra consecuencia del ejercicio del poder es que, cuando finalmente aislados de los demás ya notamos la contradictoria sensación anterior, es cuando no nos sentimos responsables y, en cambio, nos creemos los afectados e incomprensidos, por lo que tendemos a buscar otros culpables de lo que nos ocurre, no importa quien. Cuando hemos expresado un poder sin obtener lo esperado, los sentimientos de victimización ha sido una realidad desde siempre en este planeta, y hoy no es diferente. Por ejemplo, si desatamos nuestro poder de la libertad caemos en el libertinaje; al no poner límites a nuestros poderes caeremos en el abuso; al excluirnos del poder de compartir caemos en el egoísmo; la acumulación de poder nos conduce a la avaricia; al someternos al poder de la adulación, caemos en el servilismo; al aceptar el poder de la seducción, nos hacemos sus esclavos; al no limitarnos en los placeres posibles que podemos adquirir, nos hacemos dependientes; al vivir de lo que nos ofrecen los poderes, gradualmente vamos perdiendo contacto con nuestra realidad; la obtención ilimitada de poder siempre termina en un abuso, la explotación de otro ser o de si mismo... Es que transformando lo cotidiano en lo máximo, haremos de lo máximo lo cotidiano, y no aceptaremos menos, con lo que ante un futuro sin mayores estímulos no habrá promesas y pronto nos sentiremos nuevamente pobres; es que sin ese mayor poder que ahora quisiéramos tener y, enfrentados a la nueva soledad del poder, nos sentimos víctimas, pero no de las propias decisiones.

Mantener un sano equilibrio parece una de las claves de la vida, en las mas diversas situaciones o aplicaciones. Un ejemplo lo tenemos en el poder de los sueños que nos hace mirar al futuro y nos estimula e invita a crecer, sin embargo, al mismo tiempo, nos puede hacer perder el sentido de lo que pensamos y hacemos, con graves, trágicas e innecesarias consecuencias, como lo es terminar viviendo para soñar y olvidándonos de vivir, de actuar en función de nuestra única o mayor realidad: la que nos rodea, la que podríamos influir. Como todo, el poder de nuestros sueños también nos exige actuar y ser equilibrados, al discernir lo mejor posible entre lo que es realidad e ilusión, entre lo alcanzable o que puede ser una fantasía lejana de las verdaderas posibilidades, necesitamos actuar con equilibrio respecto de

los demás, determinando anticipadamente si una propuesta o intención es auténtica o conveniente, antes de participar.

El poder es lo que se puede hacer, sea por otro ser o por uno mismo. Puede representar una palabra que describe las variadas formas de poseer o disponer una fuerza, comprendida como la energía que permite causar un cambio. El poder es inherente a todo ser vivo, sin exclusión, por lo cual lo referimos siempre a un contexto, situación o condición, en donde podemos apreciar los efectos de sus límites y alcances. El poder humano representa a las fuerzas materiales o intelectuales disponibles en movimiento y, como tales, estas pueden ser utilizadas para múltiples preferencias o causas, según lo cual, observamos que el poder no mantiene en si mismo sentido alguno, porque, como ya señalamos, lo da la persona. Esto lo diferencia del Amor, el que si mantiene un sentido que le es propio, y el cual la persona sencillamente acepta o lo rechaza. En otras palabras, el poder humano es un objeto y no un sujeto, calificarlo no tiene sentido, pero constantemente necesitamos prever y apreciar sus posibles efectos en nosotros, los cuales pueden ser tan variados como opuestos o incluso adictivos. El lector habrá notado que utilizo bastante la palabra compuesta poder humano, lo hago para diferenciarla del poder del Amor, el cual, y como veremos en este desarrollo, es una fuerza completamente diferente desde su misma génesis, en sus procesos, como también en sus resultados.

La belleza de la vida no siempre es visible, pero existe, y necesitamos encontrarla, hasta reconocerla en un proceso que puede tomar una vida. No hay por qué desesperarnos ya que a todos nos pasó igual, además, errar es humano; debiera aterrarnos mas la visión de un ser humano que cree haber errado poco o nada. La vida es la locura del mas grande poema jamás creado, el cual está deliberadamente inconcluso, esperando por ti, para que nadie mas decida como terminarlo: esa es tu vida. La vida misma podemos verla como una lucha entre múltiples poderes u oportunidades, entre las cuales crearemos ir eligiendo nuestras preferencias, creemos ir decidiendo libremente como y cuando utilizar los poderes adquiridos o disponibles, con lo cual nos vamos determinando o condicionando respecto de los demás en una medida importante, la que puede ser favorable o desfavorable. Por lo tanto, adquirir poder es habitualmente muy atractivo, buscado y deseado, parece ofrecernos multiples medios para expresarnos como pensamos que somos o creemos ser, especialmente ante los demás. Pero la realidad es que el poder humano entrega ilusiones, como la de sentirnos mas apreciados y queridos, tocando necesidades humanas básicas, naturales, y profundamente arraigadas en todas las personas. Por ejemplo, comer bien,

vestir bien, disfrutar, hablar bien, tener recursos o dinero, la capacidad de influir o comunicarse, el desarrollo físico o mental, la capacidad de gasto, viajar, el acceso a mejores condiciones de vida, la capacidad de luchar y compartir, ayudar o elegir con quien podemos relacionarnos o donde estar, son pequeñas muestras de los diversos poderes que vemos a diario en lo que hacemos. A nivel espiritual no es muy diferente y los hay múltiples, ya que el ser humano, a medida que vive va descubriendo paso a paso como valorarlos. En general, esto ocurre después de apreciar los resultados de tantos y múltiples esfuerzos, unos exitosos y otros que nunca llegaron a ser lo que inicialmente creímos que podríamos llegar a lograr, sin embargo, también estos hechos nos van haciendo valorar a los poderes del espíritu que poseemos, al apreciar las consecuencias de lo que no hicimos cuando se podía. Pareciera que es solo entonces, tarde, cuando buscamos cambiar para intentar no reincidir tanto en nuestros errores y alcanzar lo que finalmente reconocemos que perdura mas; somos duros, nos resistimos a darnos cuenta de que se trataba de lo que para obtenerlo, simplemente no debía significar un costo ni dificultad para otros. Esto me hace recordar que hace unos años me pidieron un trabajo para monitores en una organización que cuida jóvenes con limitaciones intelectuales significativas y, en el mismo trabajo, se destaca la realidad anteriormente señalada, ya que la vida parece estar diseñada para que podamos ser cada día mejores y construirnos como seres, sin embargo, nuestra libertad nos empodera, permitiéndonos destruir en proporciones que no son menores. Durante nuestras vidas avanzamos en nuestro tiempo, pero con frecuencia lo hacemos en sentido opuesto al previsto naturalmente, con lo cual, puede ocurrir que quienes inicialmente fueron vistos como menos por sus limitaciones intelectuales, terminen siendo mas: mas que quienes tuvimos a nuestra disposición los grandes poderes que ellos no pudieron alcanzar. Esto, señalado en el libro [Sus limitaciones dependen de otros](#), es una realidad ya observada por los griegos, la apreciamos en la fábula *La tortuga y la liebre*, una obra clásica sobre la vida del ser humano.

El poder humano nos hace sentir que somos mas, pero en ocasiones bastante comunes nos hace ver también como menos, teniendo que vivir aparentando seguridad en medio de grandes inseguridades adquiridas. El poder humano no está exento de costos, ni en los procesos para adquirirlo, ni cuando creemos poseerlo, por lo cual, el asunto de buscar una vida equilibrada podría ser una de las claves para la felicidad y, especialmente, para obtener la paz interior. Determinar cuanto es suficiente, es siempre un asunto personal, por lo que solo me limito a señalar que debemos autoevaluarnos cuidadosamente, para evitar posteriores desiluciones.

Los humanos necesitamos y buscamos que nos reconozcan, o sentirnos parte de algo donde nos aprecien, o al menos sentir que estamos donde o con quienes no nos serán indiferentes, sin embargo, habitualmente olvidamos un asunto principal, que los demás nos evalúan en base a un aspecto sencillo: cuánto les damos. La vida es simple, lo que damos o quitamos es lo que entrega a los otros el significado de lo que somos, mostrando las señales que los harán creer inicialmente quien somos. Parece que tenemos una facilidad enorme para complicamos innecesariamente, como al desconocer o no aceptar la naturaleza que nos rodea, o la naturaleza que nos forma interiormente. Es común que ni siquiera sepamos cuánto o lo que podemos dar, o cuan valioso es lo que podríamos ofrecer con lo que si tenemos, o sus costos, ello ocurre no porque sea imposible, si no que por dejados al despreciar lo que tenemos, por vivir priorizando sueños e inseguridades que nos acompañan, pero sin verdadero fundamento porque nunca lo buscamos, nunca nos interesó. Sin arriesgarnos poniendo a prueba nuestros esfuerzos, sin aceptar nuestros errores y agradecer lo que disponemos, difícilmente podremos llegar a saber lo que podemos ser hoy y a futuro. Posiblemente, en el período de la juventud podría ser comprensible esta realidad mental, ante la impulsiva necesidad de probarnos y auto evaluarnos, a veces mas allá de lo conveniente; pero no ocurre así y ella se extiende para muchos que luego continúan sin cambiar demasiado, sin darse cuenta de que la clave de la paz nunca estuvo en vivir corriendo por nuestras metas o ambiciones, si no que era mas importante darse el tiempo para encontrar nuestras calmas, aprendiendo a detenernos, a buscar los momentos para la reflexión libre, o confiar mas en si mismos, creyendo en el poder de observar mas que en el del hacer, o aceptando que equivocarnos era y es parte importante de aprender a construirnos, o reconociendo que vivir también es disfrutar el poder interno que nos entrega una permanente posibilidad de cambio.

Es que si el poder humano se refiere a lo posible, esto nos permite desprender que puede ser administrado, obtenido o entregado. En la historia se ha mostrado al poder como un asunto eminentemente extractivo o productivo para quien lo posee, estableciendo o influyendo las formas de relaciones entre las personas y los objetos, siempre en función del resultado al cual evaluamos como ante una transacción en base a costo-beneficio. El poder material se orienta a buscar obtener una ganancia, preferencia por la que algunos validan utilizar todos los medios o esfuerzos para obtener su mayor beneficio posible, pero al menor costo posible. En otras palabras, nuestros poderes nos permiten actuar, transar o intercambiar desde una

posición ventajosa. Por ejemplo, cuando incrementamos el atractivo al vestir mejor estamos ante una forma de hacernos publicidad o marketearnos, pero la verdad es que representa nuestro esfuerzo por llegar a sentir el aprecio o reconocimiento ajeno, lo cual también puede en ocasiones inducirnos a creer que podremos vendernos como alguien superior a lo que somos. No es simple reconocer los límites que necesitamos poner a nuestro natural aprecio por el poder, no siempre lo tenemos claro, por lo que esta materia merece nuestro resguardo y atención, si nos interesa obedecerlos.

La vida no se trata simplemente de administrar bien nuestros poderes, o de hacer el bien, tampoco de hacer todo lo mejor posible, tampoco de ser reconocidos o llegar a ser apreciados por momentos, ya que el éxito nos llega con mayor poder, generando peligros que despiertan nuestro latente orgullo, la soberbia, la altivez o la displicencia, como diversas formas de hacernos sentir mas de lo que somos: merecedores de lo que poseemos. Cuando esto ocurre, podríamos tener que enfrentarnos a pérdidas mayores por haber abierto una gran puerta a impensados errores, riesgos y caídas, ante posibilidades que se presentan habitualmente, pero que suelen transformarse ante nuestro descuido. Por ejemplo, la diferencia entre ser bueno y creerse bueno, es que son opuestos; la diferencia entre merecer y creerse merecedor, es la que hay entre el éxito y el fracaso; la diferencia entre tratar de ser y creerse ser, es la que hay entre la realidad y la ilusión; la diferencia entre actuar y ser, es la distancia que separa nuestra consecuencia, entre lo que hacemos con lo que pensamos que somos; la diferencia entre creer y creerse, es la que existe entre la fe y la soberbia; y la lista no tiene fin, pero la línea que separa lo constructivo de lo destructivo no es ancha, mas bien delgada, por lo que quien no le presta su permanente atención es posible que la pierda de vista.

Los poderes son nuestras fuerzas expresivas, esto quiere decir que utilizarlos debiera suponer que consideremos cuidadosamente a cada oportunidad, contexto o circunstancia, en función de como podríamos afectar a otros directa o indirectamente, al actuar. Tener un poder es como tener el liderazgo sobre una posibilidad, su sentido es lo que determinará si la oportunidad fue utilizada acertada o erradamente. Ir mas allá, sería otorgarles características que no poseen, aunque esta es una situación bastante común, la cual acontece cuando cometemos el error de imputarle a los objetos alguna propiedad de los sujetos, lo cual no es realista, como tampoco lo es la creencia de que podemos eximirnos de la responsabilidad que conlleva el ejercicio de todo talento o poder.

En otro aspecto del poder humano en acción, notamos que puede llegar a ser un engendro de la ambición, ya desatado puede inducirnos a buscar como adquirirlo todo y, mientras no dispongamos de lo que creemos poder obtener, no se saciará, por lo tanto su influencia es creciente y demandante. De este modo, el poder puede convertir las relaciones humanas en utilitarias, al hacer que para la ambición de poder todo lo que está a su alcance le parecerá un instrumento, simples medios para cumplir deseos y en esto se incluye a las vidas ajenas. En tal estado, pocos se llegan a dar cuenta de que están creando formas de vidas eminentemente inseguras, al sentar la autoestima personal en lo que se posee, en lo que se puede acumular y mostrar, y al permitir que sea la propia ambición lo que valore a lo que está a nuestro alcance. Lo anterior puede conducir a basar las relaciones interpersonales según el aprecio desmedido por lo que entrega protección a los bienes del poder o signifique un aporte para hacerlos crecer.

Y cuando el poder humano ha logrado sus mayores excesos posibles y la persona se da un respiro al sentirse más tranquila, generalmente nace una disposición para permitirse evaluar la posibilidad de compartir, parcialmente. El problema es que en estos procesos de ascenso al poder se toleran demasiados costos para quienes están cerca, afectamos a los que se consideraron como simples medios, con lo cual la desgracia de unos fueron las grandes oportunidades de otros. Es lo que vemos demasiado en las economías de mercado, bajo las supuestas leyes teóricas de oferta y demanda, pero aplicadas donde las libertades de unos son muy diferentes y desproporcionadas a las de otros. La idea aquí no es descalificar lo mejor que hemos logrado crear para ordenar nuestras economías, pero si tomar conciencia de que el trabajo para encontrar futuras soluciones que sean mejores y más justas, está pendiente y aun, por hacerse.

Hasta ahora los poderosos han podido expresar libremente sus ventajas para obtener beneficios rápidos y desproporcionados, amparados por una moral y un Derecho interpretados ambos a conveniencia. Para el poder cívico, todo se puede clasificar en función de lo que pueda o no aportar a los intereses de quienes ostentan cada uno de los diversos poderes de la comunidad, y lo que no son bienes, los vemos considerados como estorbos o desechos. En su opuesto, la ausencia de poder puede llegar a ser vista como una tragedia que inspira temor, por lo que cuando ostentamos poderes tendemos a marginarnos de quienes padecen y, no pocos, ven en esta situación al resultado de incompetencias causadas por voluntades negligentes y no por

las circunstancias o carencias ajenas. Como lo señala una reconocida frase: la limosna comienza donde termina la justicia; la cual en palabras actuales equivale a señalar que, donde abundan las muy necesarias fundaciones o la generosa beneficencia, es donde encontraremos una injusticia.

Según lo anterior podemos notar otra constante, y es que en el ejercicio de los poderes humanos tendemos a fijarnos en lo temporal, para que sea posible percibir beneficios inmediatos, medibles y crecientes. Estos pueden ser tangibles como también intangibles, dentro de los cuales encontramos a los afectos, las pasiones, lo que genere un crecimiento de nuestro poder como puede ser una habilidad o capacidad, o todo lo que pueda acrecentar una posesión deseable. Parece oportuno recordar que el placer es un maravilloso y natural sentimiento de éxtasis mental, eminentemente posesivo y egocéntrico, el cual se origina en percepciones de satisfacciones sensibles ante lo que nos induce tal efecto. Así, el poder humano puede llegar a convertirse en una contradicción en sí mismo, al utilizar habilidades y capacidades a disposición de la voluntad, las cuales podemos expresar de maneras que son frontalmente opuestas en acuerdo al sentido que libremente les otorgamos. Según lo anterior, el común de las personas reconoce al poder como la capacidad extractiva que determina lo que es posible de obtener, independientemente del costo, mientras que para el Amor es justamente lo opuesto, ya que, se le reconoce como la capacidad de compartir lo que nos sea posible, asumiendo el compromiso de los costos desinteresadamente y sin condiciones. Según lo anterior, el poder siempre será direccional: acumulativo y extractivo, cuando origina un movimiento hacia o para la persona, o desprendido y compasivo, cuando nace de una acción personal para buscar el beneficio ajeno. En otras palabras, el poder puede considerarse positivo o negativo, dependiendo del punto de vista, del sentido de su fuerza, o de quién se vea afectado como incluido o ajeno a sus beneficios. Pero en general, todo poder humano está centrado en complacer nuestras percepciones de placer, en cambio, el Amor, no depende del placer ni tampoco de las sensaciones de satisfacción que pueden proporcionarnos los sentidos.

Mas el asunto puede complicarse aún mas cuando tenemos en cuenta que la vida ocurre naturalmente donde los recursos son y serán siempre escasos, estamos insertos en una realidad donde además la percepción general es relativa, según lo cual, siempre los beneficios nos parecen menores a lo que hubiéramos deseado. Según ello, la distribución o administración de los recursos personales disponibles nos afecta a todos de forma similar, y es interesante notar, que parecen no ocurrir diferencias entre niveles, como lo

son el comunitario, social o personal. Sin darnos cuenta, cuando nos comparamos con los demás, muchas veces estamos evaluando simplemente los recursos, bienes, condiciones, o presuntos beneficios que se tienen o no, que se desean o no, etc. Sobre todo en una realidad donde nuestra percepción general es que los recursos son escasos, poseer es poder, lo cual facilita el origen de nuestros egoísmos, comprendidos como la ansiedad emocional que nace de la inseguridad frente a lo pudiera causar una reducción de los poderes o bienes que se posee; los temores que originan nuestras inseguridades nacen de la percepción de la distancia entre lo que deseamos y lo que podemos lograr, sensación amenaza que puede originar nuestra envidia, la cual es el deseo compulsivo obsesivo por tener lo que otro posee. Para algunos, el poder humano podría mostrar un estado interno de egoísmos, al percibir su realidad rodeada por los sentimientos de las envidias ajenas. Sería una tesis preocupante que debe ser resuelta por cada persona, pero no para evaluar a los otros, si no que a si misma. Todos mantenemos poderes, somos poderosos para unos e insignificantes para otros, el asunto central del poder individual podría no ser la cantidad del poder que podemos llegar a poseer, si no como administramos lo que poseemos. De ser así, la vida real se referiría a mis actuales poderes, a las habilidades que tengo y puedo desarrollar, a mis capacidades, a mis bienes o recursos, por pocos que sean, y especialmente, a considerar como puedo afectar con mis decisiones a los que me rodean. El auténtico poder no pregunta, no pide, no posterga, no sueña con lo que está fuera de su alcance, no persigue ilusiones, se adapta a sus circunstancias, no busca beneficios a costo ajeno, porque actúa sobre su realidad. Al menos, así debiera ser. Pero el poder tradicional que vemos con frecuencia nos parece diferente y mantiene características bastante curiosas, entre ellas está la de que cuando es ejercido irresponsablemente, produce ausencia del sentido de culpa, al ser percibido lo obtenido como un derecho legítimo o mérito. Lo anterior puede hacernos actuar bajo formas despiadadas, en ocasiones sin considerar a los demás, especialmente cuando podrían llegar a verse como una causa para obstaculizar alguno de nuestros deseos. Lo grave de un estado psicológico ausente de culpas es que no percibimos necesidad alguna de perdón, sin el cual, difícilmente habrá cambios; sin lo cual, podemos entrar a una espiral de actividades que veremos como necesarias y justas, pudiendo no serlo. Por ejemplo, para el Derecho actual lo que se posee en acuerdo a las normas legales es justo y de libre disposición, pero para el cristianismo es diferente porque no necesariamente es justo y por ningún motivo los recursos son objetos de libre disposición. Como seres temporales nuestros poderes también son recursos temporales, pero no para el beneficio propio exclusivamente ni para ser poseídos, si no que para ser

administrados, siempre en favor de los más necesitados. Las posturas son antagónicas y las respuestas también, siendo frecuente que el poder nos invite a expresar nuestras respuestas más posesivas, buscando inducirnos a defender a cualquier precio lo que creemos es personal, haciéndonos ver como amenazas a lo que pudiera reducir las posesiones que respaldan nuestro poder adquirido. Siempre ha sido igual en la historia humana, la cual aquí no interesa tanto como centrarnos en lo personal, en lo que deseamos o soñamos hoy, con lo que tenemos y lo que somos, en pensar más sobre los propios actos y no perder nuestro tiempo imaginando lo que son suposiciones irreales o imaginarias. Debe preocuparnos la realidad y ocuparnos de pensar y evaluar continuamente nuestra conducta personal, sin opinar tanto sobre las ajenas. No permitamos que la mente nos engañe tan seguido como parece lograrlo, haciéndonos juzgar con esa facilidad e ilusa liviandad a los demás, como si nuestros pensamientos siempre fueran el reflejo de la objetividad, lo cual ocurre mientras descuidamos analizar lo propio, nuestros actos. Si el poder es tan relativo o subjetivo, y todos lo poseemos en alguna medida, necesitamos adquirir la mayor conciencia posible acerca de sus efectos para poder administrarlo mejor en nuestra vida personal, porque en lo demás, podríamos estar ante simples sueños sobre pensamientos imaginarios sin mayor destino. Es en el sencillo quehacer cotidiano donde encontramos la mayor expresión del poder de una persona, especialmente notorio ante lo que puede afectar nuestra convivencia y las relaciones con los demás.

Pero recordando que sin conciencia no hay sentimiento de culpas, vemos que sin estas no habrá razón para buscar un cambio de conducta. Sin embargo las culpas pueden provocar otro efecto muy destructivo, el cual también exige nuestra atención, ya que sentirse culpable es no poder dejar atrás, es no desprenderse de una carga que revive en nuestro interior por el peso de los recuerdos que no quisiéramos tener. La culpa hace presente lo que es un pasado indeseado al cual no quisiéramos recordar, pero que permanece en nosotros como testigo fiel de lo que fue y pudo no ser, porque nunca debió ser. La culpa también puede reflejar una ausencia de perdón, cuando naturalmente nos negamos a perdonar lo que permitimos y que jamás debimos protagonizar. En consecuencia, la culpa es también un sentimiento de sinceridad, ante lo que hoy despreciamos y resentimos con profundo arrepentimiento. Ella es el dolor que puede dar origen a perdonarnos, ya que sin arrepentimiento no puede haber perdón porque carecería de todo sentido.

La culpa tiene su origen en la humanidad del ser que reconoce haber actuado desconsideradamente al afectar a otros para obtener un beneficio, o sea, aparece cuando se ha utilizado un poder sobre otra persona abusando de su condición o de la oportunidad. El abuso es el poder que se ejerce contra una voluntad ajena para someterla o afectarla aprovechando su indefensión; como autores siempre actuamos pretendiendo que no seremos identificados, al menos en los alcances de los hechos, pero olvidando que nadie puede ocultarse de si mismo.

Una emoción diferente es la vergüenza que nace del sentimiento de culpa, buscando la necesidad de ocultarse frente si mismo, y ante cuya imposibilidad, se inicia la reconocida espiral destructiva culpa-vergüenza que tanto nos paraliza, ya que reduce la autoestima, limitando y dificultando lo que intentamos hacer a futuro, mas allá de lo imaginable. Pero no está perdido todo, la vergüenza y la culpa son sentimientos que reflejan el reconocimiento de lo ocurrido, implícitamente suponen la voluntad de cambiar, cuando no, de reparación, lo cual, ante hechos graves, rara vez será posible para nosotros. Sin embargo, ellas son el inicio de la transformación interior que necesitamos aceptar para seguir viviendo con nuestras cargas y llegar a ser quien ahora sentimos no ser. La culpa es por lo tanto, un sentimiento que nos hace desconocer lo que fuimos y lo que somos, frente a lo que reconocemos que debiéramos ser.

En acuerdo a lo señalado, debiéramos alegrarnos de poder sentir esas ingratas culpas, ya que reflejan que aún mantenemos un grado de sana conciencia, por lo cual aún podemos reencontrarnos con lo que somos. Nos ayudan a no olvidar los daños que nuevamente podemos causar si nos descuidamos, nos acompañan como ingratos recuerdos que pesan, porque en ellos vemos lo que jamás debió formar parte de nuestra vida, como autores.

Es cierto que la presencia de culpas forma parte de toda persona, pero también que no la definen en ninguno de sus aspectos, ya que somos mas que nuestros éxitos y fracasos, mas que cualquier logro o culpa, mas que los méritos o que nuestros errores. Somos el resultado de sobreponernos a todo lo anterior, ya que somos en la medida de que nos vamos desprendiendo de lo innecesario para nuestra felicidad, para que, cuando ya vaciados, nos podamos ver al fin liberados de llegar a ser como realmente somos, como nos reconocemos ser. Vivir no es aprender a cargar el peso de los mejores y peores recuerdos, es sentirnos liberados para poder expresarnos a plena voluntad, conscientes de lo que somos y tenemos. El gran cambio no es

olvidar, no es deshacernos de nuestras cargas mas pesadas, es sentirnos liberados para poder llegar a ser como internamente nos reconocemos. Consideremos que hay dos formas de volar, alivianar la carga o disponer de un motor mas potente; en la vida, deshacernos de nuestras cargas no parece posible hasta donde alcanzan mis limitados conocimientos, pero tenemos otra posibilidad, la de lograr que ellas se vean insignificantes ante los hechos que a futuro podamos ejecutar como siempre debimos haberlo hecho. Este es uno de los múltiples efectos del poder y la fuerza infinita del Amor sobre nosotros, y cuando es posible volar, fascinados, poco recordaremos a nuestros accidentes previos al caminar. Nadie necesita olvidar cuando dispone de la posibilidad de superarse, lo que logramos al trascendernos actuando por un sentido mayor al de los propios intereses personales. Esto es lo que nos enseña el poder del Amor.

Regresemos a lo central, no vaya a ser que cometamos el error de preocuparnos demasiado por las culpas descuidando lo principal, la vida, ya que lo mas perjudicial ocurre cuando causamos un daño sin sentir culpa, lo cual puede obedecer a un severo trastorno mental. La culpa representa un sentimiento reversible que aún podemos atender, pero la ausencia de conciencia puede no ser siempre reversible. Lo anterior nos invita a poner atención permanente sobre lo que mas nos motiva, lo que es causa para despertar nuestros intereses y pensamientos, lo que ocupa a nuestra atención empujándonos a movernos en esa dirección. En otras palabras, necesitamos atender las causas de nuestras pasiones, revisar los fundamentos de lo que nos apasiona y nos empuja a utilizar nuestros poderes hacia esa dirección particular; y cuando se trate de lo que nos relaciona con los demás al afectarlos, es lo que abordaremos en las líneas siguientes.

La compasión es el sentimiento de quien se conmueve con el padecimiento ajeno y para resolverlo se conduce a compartirlo para hacer suya una pasión que es ajena. Implica poner en acción una doble voluntad, la de acompañar una dolorosa o sensible pasión ajena y la de compartir el camino que busca satisfacerla. Las pasiones son sentimientos y emociones que nos hacen sufrir o padecer por su causa, las cuales, en su extremo negativo, pueden llegar a implicar un estado de parálisis o inacción ante las dificultades encontradas para poder darle una solución al conflicto interno. Son variadas, y pueden verse en la ansiedad de los afectos, los sentimientos de atracción insatisfechos, los medios para obtener mas poder, como en todo lo que nos parece ofrecer una satisfacción o ganancia, hasta en la única pasión que es completamente opuesta a las demás, la única que nos invita al

desprendimiento en favor de otros, al dejar de actuar para si mismo: la pasión del Amor. Es complejo intentar definir el Amor, trabajo que está disponible en otros textos como un esfuerzos de acercamiento, por lo cual aquí nos concentraremos en su forma como poder, una fuerza natural puede ser apreciada sin equivalente y presente en toda la existencia, la que por ser ajena al ser humano, no podemos poseerla y solo es posible disponer de ella, lo que se logra cuando accedemos a sus términos por los medios del no poder.

El Amor se nos presenta como una fuerza opuesta al poder humano, y por esto la definimos conceptualmente como el no poder, accedemos a ella cuando aceptamos con humildad desprendernos o vaciarnos del poder que buscamos dar a quien nos parece necesitarlo mas. El destino del acto de Amor es entregar un poder que tenemos, a quien lo requiere mas que quien lo posee, por ser su ausencia la causa de su padecimiento. Comprendido lo anterior, podemos comenzar a unir los conceptos sobre los que estamos ocupados, porque hay relaciones que coexisten: el Amor es al poder, como el perdón a la culpa. Cuando los años transcurren, terminamos de buscar formas de empoderarnos, especialmente al enfrentarnos con el sinsentido de las culpas que cargamos, y es entonces cuando tardíamente notamos que Amar es lo que nos puede permitir perdonarnos. Amar nos permite ver que siempre será posible superar nuestras culpas, y que las mas frecuentes fueron aquellas que se originaron al cometer abusos por medio de algún poder momentáneo que estaba a nuestro alcance, en hechos que fueron posibles bajo formas tan variables como lo es vivir con nuestras múltiples libertades. Pero lo que nos hace cambiar nuestro punto de vista y apreciar la gravedad de lo efectuado, es reconocer que aceptamos lo que siendo posible, era inaceptable para nuestra conciencia, por lo que jamás debimos siquiera considerarlo. En otras palabras, tener poderes no significa que sea siempre oportuno o beneficioso utilizarlos, menos aún, cuando lo hacemos para permitirnos cualquier forma de posible abuso hacia otra persona; lo cual determina la persona afectada y no el abusador, ya que ponernos en el lugar del otro es lo que nos permite apreciar los verdaderos efectos de nuestros actos.

Por medio del círculo del poder humano podemos ayudarnos a ver lo vulnerables que somos, si queremos ser cautos y no caer en causar lo que no deseamos. Observando que cuando nos vemos afectados por un poder o sufrimos alguna ausencia de consideración, la injusticia la sentimos como víctimas; pero cuando nosotros alcanzamos un poder similar, con frecuencia nos olvidamos de lo vivido para transformarnos en lo mismo que antes nos

atormentaba. En otras palabras, cuando nos quejamos de los demás, muchas veces olvidamos que en su condición o situación, probablemente actuaríamos casi igual. Hay que considerar la posibilidad de que los mayores riesgos estén dentro de cada uno de nosotros, ¿seremos tan condicionados y previsibles en nuestro comportamiento? ¿Debiéramos ser mas cuidadosos con los demás al pensar lo que es correcto o suficiente?

De las líneas anteriores podemos desprender un asunto del que poco o nada se habla, pero podría no ser menor, especialmente para quien desea comprender un poco mas acerca de la mecánica del Amor en relación al perdón. Ante la posibilidad de abusar de nuestros poderes, ¿cómo puede el Amor perdonar, si nunca ha culpado? Si el Amor no culpa ni pasa cuentas, si no lleva registro de nuestras faltas, entonces es para nosotros siempre libre porque es incondicional. De acuerdo a lo anterior, pensar que el Amor puede culparnos sería una contradicción lógica y teológica, lo cual nos demuestra que del perdón del Amor jamás se refiere a que nos otorga Su perdón, ya que lo habríamos tenido desde siempre, según esto, la objetividad reflejaría algo completamente diferente: invitarnos a que nosotros nos perdonemos. En acuerdo al postulado anterior, el verdadero perdón es aquel que el Amor permite que ocurra en la propia persona, perdonándose, como resultado del lento proceso interior de reconciliación.

La reconciliación es el reencuentro con lo que somos, hijos e hijas del Amor, de un Amor que llevamos dentro de nosotros y que nos espera en cada uno de nosotros. La realidad natural puede superar a las mayores maravillas, expectativas y creencias humanas, estamos abordando aquí uno de sus ejemplos supremos, y el cual, en otro aspecto adicional, nos puede mostrar al perdón del Amor como un perdón sacramental: haciendo presente que tenemos el acceso a una Gracia que podemos, necesitamos y debemos considerar, cuando la culpa nos atormente. La Gracia, en este caso del perdón, nos recuerda que necesitamos aceptar que somos limitados, que estamos expuestos a cometer errores, que somos humanos, pero que somos mas y podemos ser mas, ya que también llevamos el Amor dentro de nosotros. Mientras la mente y la razón invocan al tormento de los pensamientos culposos, el Amor nos hace conscientes al recordarnos quienes somos y quienes podemos llegar a ser, nos recuerda que tenemos Su perdón, al cual ahora necesitamos todos para restablecer lo que fue roto por nuestra propia voluntad. Por eso al sacramento del perdón se le llama de la reconciliación, ya que lo necesitamos para reencontrarnos, pero no con el Amor a quien hubiéramos traicionado con nuestra indiferencia y el cual siempre se mantiene fiel, con y en nosotros, incondicionalmente, si no que

para poder reencontrarnos, con nosotros/as mismos/as, con lo que somos, con quien somos y, de esta forma, podamos recuperar esa paz que sentimos haber perdido. En acuerdo a esta tesis, el camino del ser y del encuentro con nuestra identidad, la autorealización, lo que soy y seré, necesariamente pasaría por la libre disposición a la reconciliación individual.

Repasando: observamos que las culpas son cadenas que nos retienen al pasado, las cuales podemos convertir en un obstáculo mayor para la construcción de la persona, al impedirnos llegar a ser quien sabemos y sentimos que somos. Ellas establecen distancias entre lo que vemos de nosotros y lo que sentimos que debiéramos ser. Las culpas son cargas mentales que nacen de ver confrontado el recuerdo de lo que nunca debimos hacer, con lo que la conciencia nos muestra que pudimos haber hecho. Por lo tanto, pueden ser causa de diversas carencias, depresiones, angustias, frustraciones, desiluciones, o inductoras de patologías y enfermedades. Así como el Amor y el perdón nos sanan, su ausencia debilita y nos enferma, por lo cual perdonarnos no se trataría de un asunto liviano al que podemos omitir o descuidar sin consecuencias. Ambos, son los remedios para sanarnos del mal uso o abuso de los poderes que poseemos. El poder humano, como todo acto libre, trae sus consecuencias acordes con lo realizado, pero su abuso, o sea, cuando pasamos a llevar a otros, parece terminar por lo general causando un sentimiento de culpa, situación que nos enferma cuando es descuidada o si no es atendida oportunamente.

El poder humano nos permite lo que hacemos, pero exige hacernos también responsables por lo que decidimos y hacemos; los excesos pueden ser tanto el simple reflejo de una conducta irresponsable, como el de quien ha asumido grandes responsabilidades. Y aquí vemos otro aspecto esencial que no puedo dejar de abordar, ya que el poder humano tiene su propio balance con el equilibrio que nos entrega la conciencia del alma. Lo vemos cuando la razón nos empuja a seguir un instinto o pasión buscando beneficios, mientras que la conciencia le advierte a la inteligencia sobre los riesgos implícitos de continuar. Pero en el día a día, tendemos a olvidar que nuestra conciencia es vulnerable, por lo tanto, que podemos afectarla de múltiples formas positivas, como al hacerla crecer por medio de actuar más disciplinados y prudentes, o cultivando los valores y principios acordes con sus dictados, o su opuesto, al reducirla como acontece cuando toleramos desconocer, acallar o reducir sus influencias en orden a proteger el crecimiento personal, consecuencia frecuente al actuar en base a lo que le es ajeno.

Sin advertirlo, una conciencia trastornada puede llegar a señalar como conveniente a lo que no lo sea, al menos, en acuerdo al sentido mostrado por el Amor o del crecimiento personal. En resumen, la pasión por el poder es aquella que valida todos los medios para obtenerlo, pudiendo crear transformaciones conductuales respaldadas por alteraciones del estado de conciencia, tema abordado en libro [Los pilares de la felicidad](#). Y, como hemos visto, una de estas alteraciones es el falso alivio causado por la ausencia de sentido de culpa, lo cual explicaría la falta de sentido de responsabilidad social cuando actuamos en función de intereses personales pero sin considerar su impacto en las vidas ajenas más cercanas. Esto que parece inocuo, no lo es, ya que no desea perdón quien no percibe el daño causado, lo cual puede llevar a defender posturas que, en alguna medida, representen desinteligencias, como las del egocentrismo o la ausencia de discernimiento.

La conciencia del alma humana es personal e individual, y demanda nuestro cuidado permanente atendiendo a ser cuidadosos con lo que aceptamos ver, escuchar o hacer. En otras palabras, la conciencia supone la voluntad de quien se sirve de ella para defenderla; pero defender, en lo trascendente como en lo espiritual, es una palabra que parece mantener un sentido diferente al que le reconocemos en nuestra realidad: significa dejar hacer, o, proteger para que nada externo altere la libre voluntad que se ha decidido.

Regresando a nuestro tema central, veamos como nuestra tendencia a empoderarnos no se trata simplemente del poder ejercido sobre los recursos a nuestro alcance, como el dinero o buscar una satisfacción personal, mayor autoestima, o la búsqueda de reconocimientos, ya que sus efectos se extienden a todas las esferas de la vida. Por ejemplo, en una pareja afectiva que debe enfrentar una ruptura emocional, ambas partes tenderán a posicionarse en donde se sientan más cómodos y poseedores de esas razones que consideran justificadas para amparar sus sentimientos y emociones. Sin embargo, en los pensamientos tales posturas se plantean como círculos o áreas de poder, los cuales deben y merecen ser defendidos a cualquier costo, cerrándonos con frecuencia a otras posibilidades que podrían hacernos ver nuevas perspectivas que nos abran a encontrar posibles soluciones al conflicto, al darle importancia a lo que la merece, mientras se reducen los naturales sentimientos de agresividad que puede despertar el sentirnos vulnerados. En otras palabras, ocurre que los hechos o causas que originan los conflictos, independientemente de su gravedad, habitualmente no se condicen con la proporción de nuestras reacciones y es

común que al sentir una pérdida de poder en la relación interpersonal, nuestra mente agrande los hechos para mostrarnos como una víctima, induciéndonos a justificar respuestas desproporcionadas, sustentadas en la creencia de que una compensación mayor podrá venir a reparar al menos los sentimientos heridos. Postulado que es completamente falso y carente de objetividad, ya que toda solución sustentada en causar un daño o pérdida adicional a otro ser, no será estable, ni causa de reparación efectiva para nuestras emociones y sentimientos afectados. Una satisfacción temporal basada en el poder de la venganza o una revancha, no es, ni ha sido jamás una solución, simplemente, es una demostración del poder que aún quede y la advertencia solapada al otro de que no estamos indefensos. El punto está en que mantener las relaciones humanas exige un sano equilibrio de poderes que necesitamos mantener diariamente, pero, ¿al ejercer un poder entregamos el equilibrio necesario a la relación entre personas? Es una pregunta que necesitamos hacernos, ya que nos afecta desde la pre-adolescencia y para toda la vida, como también las siguientes preguntas, ¿en qué buscamos basar nuestras relaciones afectivas? ¿El tipo de pareja que busco, puede ofrecer lo que creo necesitar? Las personas podemos cambiar, pero si esto depende de la voluntad que es personal, entonces la capacidad objetiva de cambio es diferente e individual, luego, ¿cuanto es posible cambiar realmente? ¿Si las señales que aprecio en una conducta ajena son adversas o descuidadas, al no darles importancia, las consecuencias probables serán mis deseos y creencias, o las esperables? Estos temas se abordan en el libro para toda edad sobre afectividad, sexualidad y convivencia juvenil, titulado, [\*Tu vida en un instante\*](#).

Para el párrafo anterior, el perdón mutuo parecería una posible solución, sin embargo, no siempre lo será, ya que el perdón se sustenta en el arrepentimiento que supone la convicción de que no se repetirá el hecho que nunca debió haberse aceptado. Aún bajo tales circunstancias, discernir, como siempre, aparece como la necesidad vital que nos permite determinar mejor la realidad de lo acontecido, las responsabilidades involucradas y, en consecuencia, las posibilidades objetivas que tenemos por delante; donde una de las cuales sería el perdón, como medio para dejar atrás lo ocurrido y recomenzar de una mejor forma. Pero esto no significa olvidar, ya que perdonar no es olvidar, eso no depende de la persona, siendo un asunto de la mente, además, hay ocasiones en que no olvidar facilita no reincidir.

Perdonar, se refiere a una situación diferente, especialmente cuando es la consecuencia del Amor, es la voluntad de reconciliarse, sosteniendo la actitud de mirar hacia adelante para no quedarse en el pasado y poder

construir, terminando de destruirnos. Lo que hagamos a otros, a la larga termina afectándonos, y no es un asunto de la voluntad. Pero buscar lo que ya poseemos pone a prueba nuestras incredulidades, hasta que un sufrimiento nos acerque a esta realidad que tratamos con tanta indiferencia en el día a día. Obtener el perdón del Amor es una frase muy utilizada, pero carente de sentido objetivo, ya que perdonar lo que ha sido perdonado es absurdo. Lo vemos en que el Amor que jamás culpa ni condena, ya que no es su condición ni su necesidad, por lo tanto, cuando hacemos referencia a Su perdón, estamos aludiendo explícitamente a la necesidad de perdonarnos, de mirar hacia nuestro interior para discernir mejor al reconocer lo valioso de lo que no lo es, para despertar en nosotros la necesidad de restaurar lo que hemos afectado, para reconciliarnos con nosotros mismos y con los afectados, pero siempre con vistas a reconstruir un mejor futuro. El perdón del Amor siempre se refiere al futuro, porque el Amor no atiende lo pasado, atiende al presente para proveernos un mejor futuro. La culpa representa a las cargas que pesan sobre una conciencia sana, y es sobre ellas que actúa el Amor para aliviarnos la carga, pero no para eliminar lo que ahora es parte nuestra, porque olvidar no será posible ya que los recuerdos forman parte de las personas. La prudencia y previsión, como la cautela y una mayor responsabilidad en la medida de lo posible, son consideraciones necesarias para anticipar probables consecuencias de nuestros actos, por lo cual descuidarlas es descuidarnos. Este tema se encuentra desarrollado en el libro con temas para la convivencia juvenil y afectividad, titulado, [\*Tu vida en un Instante\*](#), capítulo *La culpa, muerte silenciosa*.

La culpa es la conciencia acusando nuestra falta de responsabilidad en hechos que nos comprometen, sentimiento que busca inducirnos a encontrar nuestra comprensión, despertando en nosotros la voluntad de reparación y, finalmente, la de no reincidir. Perdonar no es un borrón y cuenta nueva, eso sería una ilusión producto de la imaginación o una promesa infundada, ¿quién ha podido olvidar sus faltas graves? Al menos en toda mi vida no he conocido a quien lo haya logrado. Es duro, si, pero quien es responsable no olvida sus cargas, las que lleva como un recordatorio de lo que no quiere repetir, para prevenir, siendo mas cauto a futuro. Por eso necesitamos pensar lo mejor posible en lo que podemos y debemos hacer, ya que las consecuencias de nuestros poderes mal utilizados acompañan nuestra existencia. Es sano considerar que en materias de como utilizamos nuestros poderes, se da la siguiente ecuación: el Amor es al perdón, como nuestra compasión es a la culpa.

El poder humano parece operar de maneras muy diferentes porque vive de aparentar, y atiende demasiado al pasado porque es inseguro, habitualmente está buscando escudriñar el pasado de las personas que lo rodean como un medio para reducir sus temores. El poder humano siempre habla del futuro, pero sin dejar de mirar al pasado, del cual no puede desprenderse porque sobre este ha sido construido. El poder humano siempre se aferrará a su pasado, ya que no tiene más, porque le teme a un presente que puede afectarlo inesperadamente, y estar ante un futuro que desconoce, y cuando nada parece suficiente, solo vemos inseguridades por doquier. Es una posible causa de estados mentales que lleven a desplegar conductas excéntricas como lo es aparentar lo que que no se es, habitualmente más; de lo que somos, pero en ocasiones, lo opuesto, como mostrarse estratégicamente disminuído, excesivamente amable, afable, en una supuesta paz y equilibrio exterior, o aparentando una sencillez y calma que no posee. Lo vemos en el apuro, una condición habitual en quien busca demostrar su importancia, ya que en la mente de quien aprecia mostrarse poderoso, podría verse indigno que lo vean desocupado. El lenguaje del poderoso es diferente, por ejemplo el no descansa, si no que medita o reflexiona, aunque ante lo mismo, los demás le parecen ociosos o flojos, con los cuales teme ser relacionado; siente que trabaja más que los demás y que sus resultados son mejores por causa de su mayor esfuerzo; se siente necesario e indispensable, mientras que los demás no le parecen así; los demás se toman descansos excesivos, mientras que el no descansa ya que se recupera y merecidamente; etc. Por otro lado, vemos que quien abusa de su poder no le teme al poderoso pero si a la ausencia de poder, ya que es de quienes no puede ocultarse. Para quienes ostentan el auténtico poder depredatorio, este no pasa de ser un adictivo y fascinante juego laboral, que transcurre ante la ilusión de que más es siempre mejor. Pero la vida es una búsqueda que puede sorprendernos, porque somos lo que buscamos y seremos lo que encontremos. ¿Así seremos todos cuando hacemos ostentación de nuestro poder? ¿No actuaremos parecido ante los diversos niveles y formas de poder? Si el comportamiento humano es predecible, ¿ocurre así también en mí?

Los poderes son como las tecnologías, se supone que están para servirnos pero igualmente pueden liberar como esclavizar. Es necesario estar prevenidos y atentos de lo que puede transformarse en adictivo, ya que se acostumbra ofrecer utilizando nombres como libertad, gratuidad, placer, entretenimiento, o resultados que buscan empoderar para crear dependencias. Inicialmente poco se pone atención a las condiciones establecidas en lo que se desea y creemos que es una oportunidad, las cuales pueden ser luego

cambiadas unilateralmente por quien posee el poder. Una realidad actual en un mundo que carece de controles efectivos, fiscalizaciones adecuadas, o límites establecidos sobre quienes ofrecen satisfacer las cotidianas demandas sociales. Es sano tener en cuenta que la gratuidad no es propia de esta vida, vivir implica aceptar costos por cada beneficio esperado, los que pagamos con el resultado de utilizar o expresar algunos de nuestros poderes personales, los cuales, en este sentido son nuestros medios. Luego, si nos ofrecen algo gratis, observemos a dos posibilidades inmediatas: un posible engaño (como es el caso de muchas tecnologías inicialmente gratuitas o de largo plazo), o alguien mas pagó su costo por nosotros (como ocurre con el Amor).

Todo poder es un capital y una responsabilidad personal, ya que si queremos progresar supone el uso adecuado de los talentos y recursos disponibles. Los poderes son como un limitado capital de semillas a nuestra disposición, las cuales podemos utilizar ante su oportunidad y conveniencia, pero considerando que, en acuerdo a dónde y como las sembramos, se verán los resultados cuando cosechemos sus consecuencias. Los poderes que poseemos son como llamativas luces para el intelecto, pero no podemos olvidar que ellos nos exigen pensar lo mas responsablemente posible antes de actuar, especialmente acerca de la clase de persona que deseamos ser, y luego, hacerlo comprometidamente, porque: al pensar, nuestro juicio está en nuestras decisiones, tal como al actuar, el poder está en nuestras manos. Respecto a este punto, propongo un ejercicio simple, registrando en dos columnas de una tabla lo que consideres como tus mayores poderes, talentos o cualidades, y en la otra, a tus mayores dificultades o preocupaciones; eso permite apreciar de mejor forma lo que se siente y observar donde hoy es posible trabajar mas para fortalecerlo. En esta realidad nada es tan difícil como parece inicialmente, si queremos ayudarnos y estar en paz, necesitamos actuar en conciencia, considerando desarrollar nuestras fortalezas, cualidades y ventajas, como también trabajar sobre nuestras debilidades, defectos y desventajas; es simple, pero como todo, requiere decisión y una práctica acorde con los objetivos propuestos.

El abuso de los poderes humanos siempre induce demandas urgentes en aumento, muy diferente a lo que nos demuestra el poder del Amor, el cual siempre buscará como desprenderse de un poder que posee, hasta vaciarse en la medida posible, pero en favor de quien mas lo necesita. Y teniendo en cuenta que las necesidades o carencias son relativas o subjetivas, la mecánica del Amor alude o prefiere a quien observamos que mantiene una necesidad mayor. Las necesidades son carencias que demandan consuelo,

despertando las oportunidades para que acuda el Amor de quien puede disponer de un poder para ofrecerlo e intentar encontrar soluciones lo mas permanentes que sea posible de lograr.

El Amor como poder es la fuerza temporal de una presencia atemporal, en el sentido de que demanda atención permanente, como ocurre con toda fuente de vida. Es atemporal en Su origen, como sujeto y sustancia que es vida atemporal, por lo cual sus efectos en nosotros son infinitos y trascendentes. Según lo anterior, notamos Su presencia o ausencia en lo cotidiano al convivir, ya que el Amor no aparece ni desaparece, no nace ni muere, y se trata de un asunto diferente: lo hacemos presencia o ausencia por medio de nuestro comportamiento. El Amor Es: está con nosotros siempre, y en la vida personal lo hacemos presente o lo hacemos ausencia en cada uno de nuestros actos frente a los demás. Si quieres saber un poco mas de Amor puedes leer [Los pilares de la felicidad](#), [Tu vida en un instante](#), o descargar sin costo en Apuntes [Amor y amores](#) ; o si quieres leer acerca de la identidad del Amor, del que llevas dentro de ti, puedes leer [La trinidad del Amor](#), descargándolo en Apuntes.

A nivel juvenil es igual y no hay diferencias con lo señalado en las líneas anteriores, ¿qué he hecho hasta ahora con mis poderes? Si soy fuerte, ¿me ocupo de proteger a quien requiere ser protegido? Si dispongo de una habilidad, ¿ayudo a superarse a quién su estudio u otro aspecto de su vida le parece una dificultad? Si soy bueno para un deporte, ¿pongo a disposición de otro mi conocimiento? Si dispongo de lo que otro desea ¿lo aprovecho para mi beneficio o lo comparto? Si puedo caminar en paz, ¿estoy pendiente de quien podría yo beneficiar con un poco de mi cercanía, consuelo o compañía? O a la inversa, cuando yo necesito, ¿facilito que otro se acerque? ¿Me muestro sincero y abierto a confiar en quien me podría ayudar? ¿Proyecto una imagen acorde con mi persona y realidad, o muestro una careta para alejar a quienes podría yo necesitar? ¿Escucho de verdad a quien tiene una opinión diversa o me molesto? ¿Expreso mi necesidad o la oculto detrás de apariencias y un engaño? Qué es mas fuerte, ¿mis temores o mis seguridades?

A nivel juvenil, la culpa es un sentimiento que no descansa ya que afecta emocionalmente, desgasta y agota, como una carga pendiente e insostenible que no se puede eludir porque se lleva por dentro, y lo peor es que cuando llega, da lo mismo si somos o no culpables o cuanto lo seamos, porque sea cual fuere la medida de nuestra responsabilidad, ella nos ha tocado, golpeado y parecerá no querer soltarnos. Tanta carga es presión y

tensiones que pueden debilitarnos, en consecuencia, puede ser el origen de múltiples efectos adversos, no solo emocionales, originando enfermedades de la mente o el cuerpo, las cuales, como consecuencias indirectas nos costará relacionarlas y, por lo tanto solucionarlas. La culpa debe ser enfrentada sin hacerla pública, hablando con quien nos merece mas confianza, o acudiendo a buscar ayuda profesional, o reconociendo la necesidad de perdonarnos, lo cual se logra cuando nos comprendemos y nos llegamos a dar cuenta de que somos iguales, que nadie es perfecto, y que todos hemos cometido causas de posterior arrepentimiento por lo que necesitamos asumir nuestra realidad, nuestras limitaciones, nuestras responsabilidades, y nuestra capacidad plena de no reincidir, lo cual nos abre las puertas al perdón para retomar el camino del crecimiento personal al revalorar nuestras múltiples fortalezas. Perdonarnos es reconocernos, reencontrarnos y, finalmente, reconciliarnos con nosotros mismos y, en consecuencia, con los demás. El sentido del perdón es el que puede ofrecernos el Amor cuando lo aceptamos, lo que depende de cada persona y de nadie mas. El Amor jamás nos acusa o culpa, siempre nos espera por que le demos la oportunidad de mostrarnos Su poder reconciliador en el reencuentro. El Amor ya lo tenemos, nada por lo tanto depende de Él, es ahora, es hoy cuando todo depende de nosotros, ¿tan difícil es comprenderlo?

El Amor es una fuerza poderosa que requiere ser alimentada y protegida, para que nada externo pueda alterar lo que manifiesta la voluntad libre, por medio de la determinación que señala lo que ha dejado de ser una intención para ahora pasar a la acción; momento en el cual necesitamos unir fuerzas para consolidar el proyecto emprendido. Ya lo vimos anteriormente, dejar hacer, es una de las formas preferidas del Amor para protegernos, podrá parecer poco a unos cuantos, pero sus alcances son tales que invitan a participar del costo de nuestra empresa a otros. Actuar con Amor es un proceso que abre las puertas interiores del pensamiento y facilita que otros expresen su Amor por nosotros desde la conciencia. ¿Difícil de comprender? Cuando profundizamos sobre la realidad que nos rodea, todo parece estar conectado, ya pensado para que todo pueda ser mutuo y compartido, nada natural parece orientado a lo exclusivo o individual, especialmente cuando nos acercamos a participar del Amor. Pero es una maravillosa realidad desconocida para quien no se ha querido arriesgar aún por otro ser, perdiéndose hasta ahora una de las maravillas de su vida.

Según lo anterior, para el Amor, el acto de su defensa cuando es necesaria no exige violencia, tampoco expresar agresividad, ni debiera constituir

amenaza para alguien, simplemente otorga la protección necesaria a la voluntad que apunta en la dirección señalada por el mismo Amor. Siempre actúa buscando facilitar sostener su continuidad, ya que es sabido que involucrarnos en lo trascendente también mantiene un precio que debe pagar quien se atreve a hacer suyos los designios del Amor.

Ciertamente, hemos visto que buscar poderes indiscriminadamente es como buscar nuevas culpas que cargar, las que no siempre reconoceremos como tales. Luego, ante la ausencia de perdón nuestra vida se ve de forma diferente, pero ella no cambiará, porque somos nosotros los que podemos cambiar en la vida. Si efectivamente ya lo tenemos todo, buscar tener más podría parecer sin sentido o conducirnos a riesgos imprevistos e incertidumbres innecesarias. Cuesta aceptar que ya tenemos todo lo básico viviendo inmersos donde se incentivan a diario múltiples necesidades artificiales, hasta que cuando es tarde, ya de viejos, notamos que la realidad siempre fue observable, como se puede apreciar desde alguno de los siguientes ejemplos:

- No busques ser un sabio, porque solo necesitas comportarte sabiamente.
- No busques lograrlo todo, cuando es suficiente lograr lo posible.
- No busques adquirir poder, basta con reconocer los poderes que ya posees.
- No busques ser perfecto, crecer es una meta sencilla que se logra al hacer todo lo mejor posible.
- No aceptes todo lo que sientes, ya que el origen de los impulsos no siempre lo podremos reconocer a tiempo.
- Perdonar es importante, pero lo que realmente cuesta es perdonarnos.
- Vivir es la capacidad de atender lo que ocurre en nuestro entorno, y para eso, necesitamos comprenderlo y comprendernos.
- Los recursos son importantes, pero no tanto como lo es llegar a reconocer tus habilidades para superar las carencias y la adversidad.
- La desesperanza es la condición de quién siente que no puede transformar lo que ahora limita o reduce su vida; ella es la prisión de los sentimientos que encadenan los pensamientos.
- Frente a la desesperanza, la esperanza; frente a lo que me está afectando, necesitamos anteponer lo que está afectando a otro.
- La desesperanza debe alertarnos porque es eminentemente egocéntrica, es sentir lástima por sí mismo, es llanto de pérdida, y en consecuencia, es ausencia de Amor.

- Los poderes de cada persona son múltiples, inimaginables, y sus capacidades ilimitadas, pero sin descubrirlos para reconocerlos y luego desarrollarlos, no son más que otra ilusión.
- Si quieres correr en esta vida, necesitas entrenarte; pero lo principal será aprender a detenerte, a observar, a relajarte, a reconsiderar, a meditar, a pensar acerca de lo que haces y cómo lo haces; y quizás en este proceso, aprendas a volar.
- El poder engrandece y nos hace sentir dueños de este mundo, pero el Amor nos hace sentir humildes y dueños de nuestra propia existencia.
- El poder invita a la soledad por medio del abandono hacia quienes consideramos carga, mientras que el Amor nos invita a recibir la carga ajena, acompañando a quien ha sido abandonado.
- El poder nos enriquece, pero nos hace pobres; El Amor nos empobrece, pero nos hace ricos.
- No pensar lo necesario puede ser un riesgo evitable, y pensar más que los demás puede ser una soledad inevitable. Pero es posible que no se trate de cuanto pensamos, sino de para qué o por qué lo hacemos, y quizás, de cómo pensamos.
- Es el Amor lo que lleva nuestros pensamientos a su justa medida, ayudándonos a adquirir la medida que ofrece apreciar los acontecimientos en su verdadera dimensión y con sentido social.
- La naturaleza del Amor es lo que nos ayuda a reducir las depresiones, angustias y ansiedades que nacen de arrastrar desilusiones y frustraciones. Ella ofrece Su paz al espíritu inquieto, al que no está satisfecho hasta no reconocerse en lo que su interior le llama a ser.
- Ser es Amar, lo cual nos permite participar activa y constructivamente de la vida ajena, lo que nos permite reconocernos en la propia vida.
- Amar es el mayor poder que conoceremos, sus alcances son tanto eternos como infinitos. Es un poder abierto a todos, sin exclusión alguna, porque permite mostrar el rostro de Dios al amado, y lo que pareció poco o casi nada para el poder humano, puede representarlo todo para el ser amado.
- El Amor es Dios con nosotros, algo tan simple y maravilloso como Su presencia en nosotros, con nosotros y por nosotros.
- El Amor jamás desilusiona, ya que ofrece siempre menos de lo que da; los afectos nos desilusionan con frecuencia, ya que ofrecen más de lo que pueden dar.
- El Amor no es la consecuencia de nuestro mérito o causa de la ausencia de faltas graves o errores inaceptables, es un don, un regalo universal gratuito, ya pagado al precio de la sangre de un Amor.

- Para el Amor no hay deudas, no hay promesas, no hay misterios, nada se oculta, no hay culpable, no hay condición, no hay reproche, no hay palabra, ya que todo está dicho y hecho, todo lo ha dado, y es ahora, cuando únicamente de ti todo depende, al recibirlo o rechazarlo en cada uno de tus actos. Y este si es el mayor poder, al cual todos necesitamos llegar a reconocer.
- El poder puede generar tensión y ocupaciones obsesivas, el Amor en cambio, libera entregando paz y alegre tranquilidad.
- El poder es un hecho apreciado por la mente; el Amor es un hecho apreciado por el espíritu.
- El poder humano ofrece una vida mejor y un mundo nuevo; el Amor ofrece reconocer la vida, apreciando lo que tenemos.
- El exceso de poder esencialmente nos hace narcisistas y excluyentes; en cambio el Amor es la esencia de la integración social.
- El exceso de poder es al odio y la culpa, como el Amor es a la misericordia y el consuelo.
- El exceso de poder establece diferencias y distancias crecientes entre las personas, mientras que el Amor acompaña y acerca, estableciendo los verdaderos vínculos de pertenencia.
- El poder humano enseña que toda falta merece su sanción, mientras que el Amor enseña que toda falta merece nuestra misericordia; porque, ponerse en el lugar de la miseria ajena podría ser vital para comprender y llegar a sentir como el otro. El primero nos enseña de éxito y culpas, pero el segundo nos dice que no habrá éxito donde no hay perdón. Uno nos habla de adquirir, el otro de compartir.
- Apreciar los alcances del poder de compartir van más allá de nuestro presente y futuro, aún cuando no lo reconocemos, también están en nuestro pasado.
- Los poderes humanos se basan en la fuerza de los méritos, mientras que el Amor se basa en la humildad de la compasión y la fuerza del agradecimiento.
- Poderes y culpas son habitualmente creaciones nuestras, se obtienen y poseen, mientras que el Amor y el perdón son superiores, no se pueden poseer y sencillamente accedemos a ellos.
- Vivir es un privilegio al cual poco a poco se valora, casi sin darnos cuenta, es como en un viaje sin regreso; sin embargo, Amar será nuestro mayor privilegio, nos ofrece un poder que es único y al que necesitamos reconocer para apreciarlo.
- ¿Cuando aceptaremos que la existencia en la cual se desarrolla nuestra vida es participativa e integral? El individualismo de pensamiento es opuesto a nuestra naturaleza participativa -no

colectiva- donde cooperar mas parece la base para todo y no una meta. Quizás no existan metas, porque no son necesarias cuando vivimos integrados a la realidad que nos acoge.

Para terminar, algunos pensamientos sobre el mayor poder del universo, al cual se le ha denominado como el poder total con una palabra: omnipotencia.

La omnipotencia es la meta sensible y sueño supremo de quienes aprecian la ostentación de su poder. Se refiere al poder máximo, el cual nos precede y supera mas allá de los alcances de nuestra imaginación, y que permitiría cumplir todos los deseos a quien lo ostenta. Serlo o ser alguien de confianza para tal poder, indudablemente crea una atmósfera de respeto y condescendencia entre quienes buscan acercarse a un poder mayor. Esta fantasía tradicionalmente ha sido imputada por el ser humano a sus divinidades, pero buscando crear sueños e ilusiones no pocas veces lamentables, al alejarnos de la realidad natural por creer en posturas sin sustento científico ni teológico, acerca de lo que no comprendemos.

Ser omnipotente, en formas relativas o absoluta, es una realidad ajena a la humana, pero de ahí a que eso signifique que todo será posible para quien ostenta la omnipotencia, en acuerdo a la naturaleza observable y a lo comprensible entre lo que nos rodea, es imputar una condición que puede ser irreal, lo que veremos. ¿Dudas? En la naturaleza todo tiene sus límites, ya que estos definen los alcances de los objetos y sujetos, luego, la omnipotencia, por ser una condición natural, los tiene: el límite natural de la omnipotencia lo define el Amor, condición establecida por el mismo poder omnipotente, por medio de la Gracia. Si interesa profundizar este tema, descargar en Apuntes: [\*La trinidad del Amor o Una historia de Amor.\*](#)

En otras palabras, ser omnipotente es muy distinto de la conveniencia u oportunidad de expresarla, incluso para una divinidad, por causas de consecuencia lógica. Similar es lo que observamos en los múltiples poderes humanos, ya que, tenerlos es una cosa, pero la conveniencia de utilizarlos o como los utilizemos, es otro asunto muy diferente. Por ejemplo, para todas las religiones ella es una característica de Dios, sin embargo para el Cristianismo su Dios fue crucificado, lo cual nos señala y muestra al Amor crucificado, a la omnipotencia y sus poderes subyugados, clavados por el terror y la incertidumbre humana a un simple madero mal terminado. Un hecho temporal para unos, para los mas, y los que desean ver a esta realidad

como parte de un ajeno, tenebroso y triste pasado, en que culpamos a otros; pero es un hecho atemporal para otros pocos, los que todavía observamos a esta realidad tan viva como siempre: cuando, pudiendo en Su poder omnipotente, es Su Amor lo que retiene Su poder en aras de la libertad manifestada por medio de los poderes ya entregados, delegados, los que hoy implican el libre albedrío para nuestra voluntad. Es el camino elegido y designado por el Amor para que podamos llegar a reconocerlo en nuestro tiempo, para que al apreciarlo, aprendamos el valor del desprendimiento del poder que ostentamos, buscando hacernos uno al integrarnos en todos, para vivir juntos en el Amor y lograr una paz que hasta ahora no hemos podido alcanzar por nuestros propios medios o poderes.

Pareciera que en estos tiempos a casi nadie le interesara realmente intentar comprender a Dios, solo unos pocos desearían informarse acerca de que puede hacer hoy Dios, por ellos. ¿No habrán visto que sus respuestas están todas en un solo lugar, que es público porque está al alcance y la vista de todos? En la Cruz vemos al Amor crucificado, a la Omnipotencia presa de lo cual la mantiene atada por Amor; según lo cual, rezar como un acto de invocación y agradecimiento en virtud de una intención es tan necesario como una maravilla, pero jamás debiéramos comprender a la oración como una forma de transacción o condición negociada, ya que pedir o rezar no hace que lo solicitado sea posible o conveniente. Hay demasiado que no vemos ni comprenderemos, actuamos en base a lo que creemos mejor, pero nos equivocamos habitualmente mas de lo que acertamos; la conveniencia y la oportunidad de eventuales intervenciones externas a nuestra naturaleza es un tema delicado y del cual disponemos poca información. Por esto, en la única oración enseñada por Cristo, *El padre nuestro*, invocamos a Dios sin condicionar ni exigir ni negociar ni buscar transar. Es difícil aceptar una realidad que nos habla de limitaciones mas que de la magia de una supuesta omnipotencia que tiene la facultad de acudir para intervenir a su pleno antojo cambiándolo todo; es difícil de creer que algo en la Existencia es gratuito o sin costo, así como que para la omnipotencia o para nosotros, utilizar cualquier forma de poder tampoco será gratis o que jamás lo será. Nos cuesta aceptar que no debemos pedir lo que son contradicciones, ya que sería pedir imposibles o un milagro, lo distante o ajeno a lo habitual y natural.

Si quieres ser libre, si quieres ser una persona poderosa, si quieres actuar a voluntad, si quieres acceder al poder de Amar, ¿por qué entonces cuando la realidad nos parece adversa queremos creer que es conveniente cambiar las reglas naturales, al intervenir las condiciones y libertades que antes tanto decíamos apreciar? ¿Por qué tantos imputan a la omnipotencia hechos que

le son ajenos, ya que sus causas jamás obedecieron a Su voluntad? Como ocurre con las enfermedades, tragedias, accidentes, ante el hecho de no impedirlos o de no intervenir cuando lo pedimos... ¿Por qué acusamos al Amor de no intervenir cuando en nuestra desesperación lo estimamos necesario, y lo acusamos de intervenir cuando no lo creemos necesario? Las contradicciones nos pueden conducir a pensamientos con un doble estandar, alejándonos de la comprensión de una realidad que podría ser tan simple y tan maravillosa como su alto costo, también para el Amor.

La idea de estas líneas no fue encontrar acuerdos o convencer, es mostrar temas que exigen un poco de tiempo para los pensamientos. Estar en desacuerdo o ver algo de otra forma, ¡es una maravilla! No hay que preocuparse tanto por los desacuerdos, pero si, ocuparnos por lo que nos ayude a comprendernos.

Es el poder del Amor lo que nos permite ir mas allá de la tristeza, del desengaño, las angustias y frustraciones, al invitarnos a poner la mirada en lo que tenemos, en lo que debiéramos apreciar mas, o en quienes me pueden necesitar hoy, ya que si padecen mas, los puedo reconfortar algo, en este momento. Para el Amor no es tema el pasado, ni el futuro, Es presencia, está aquí por nosotros, para ser nuestra fuente de vida donde más se lo requiere: ahora. Y su medio, somos nosotros, cuando lo aceptamos.

Nuestros prejuicios nos llevan a subestimar o sobreestimar los hechos y sus consecuencias, distorsionando la percepción de aspectos que pueden ser puntuales pero significativos para nuestra realidad. Por ejemplo, cuando nos hablan de humildad tendemos a pensar en la ausencia de poder, y quizás es justamente lo opuesto: la humildad no es la ausencia de poderes, no se puede definir con una palabra, menos aún por una simple intención, no es una imagen ni la apariencia de bondad, tampoco es rebajarse o tener que arrastrarse, ella es posiblemente y después del Amor, una de las grandes incomprendidas. La solidaridad, la compasión y la humildad, son ejemplos de acciones concretas que se enmarcan bajo la luz del Amor, la humildad refleja la conciencia y disposición total de servicio que demanda la cercanía al Amor. Refleja una condición o estado en el que se ha integrado el Amor a la vida personal, lo cual se puede ver en los hechos, ya que las palabras del humilde son escasas.

La humildad es el rostro de la ausencia de voluntad para demostrar el poder que se posee: felices los que sin ojos, ven; quienes sin oídos, aprenden a escuchar; los que sin su voz aprenden a hablar; los que buscan aprender a

reconocerse en el encuentro; los que aún sin esperanzas, perseveran; los que aprenden a pensar olvidando a su mente, por instantes que dan vida; o los que vaciándose y desprendidos de sus mas apreciados poderes, nos enseñan a Amar.